

Ramón discute con Alain sobre la época de los ombligos

Sí, era Ramón el que llamaba.

—Esta mañana la mujer de Calibán me ha llamado —le dijo a Alain—. Me ha hablado de vuestra juerga de anoche. Lo sé todo. Charles se ha ido a Tarbes. Su madre está agonizando.

—¡Dios mío! —exclamó Alain—. ¿Y Calibán? Cuando estuvo en mi casa se cayó de una silla.

—Me lo ha dicho ella. Y al parecer no ha sido poca cosa. Según ella, le cuesta caminar. Le duele. Ahora está durmiendo. Él quería ir con nosotros a ver la exposición de Chagall. No la verá. Yo tampoco, por otra parte. No soporto hacer colas. ¡Mira!

Hizo un gesto en dirección a la multitud que avanzaba lentamente hacia la entrada del museo.

—Tampoco es tan larga —dijo Alain.

—Quizá no sea tan larga, pero es repulsiva.

—¿Cuántas veces has llegado ya hasta aquí y te has vuelto a ir?

—Tres veces. De manera que, en realidad, ya no vengo aquí para ver a Chagall, sino para comprobar que de una semana a otra las colas son cada vez más largas, y por tanto el planeta está cada vez más poblado. ¡Míralos! ¿Crees realmente que, de

repente, se han puesto todos a admirar a Chagall? Están dispuestos a ir a cualquier parte, a hacer lo que sea, tan sólo para matar el tiempo con el que no saben qué hacer. No conocen nada, de modo que se dejan llevar. Son magníficamente llevables. Perdóname, pero estoy de mal humor. Ayer bebí mucho. Decididamente bebí demasiado.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—¡Paseemos por el parque! Hace buen tiempo. Sí, sé que el domingo hay más gente. Pero no importa. ¡Mira qué sol!

Alain no protestó. En efecto, la atmósfera en el parque era apacible. Algunos corrían, otros paseaban, en el césped un círculo de personas hacía gestos extraños y lentos, otros comían helados, otros aún, al otro lado de unas alambradas, jugaban al tenis...

—Aquí —dijo Ramón— me siento mejor. Ya sé que la uniformidad está en todas partes. Pero en este parque, dispone al menos de una gran variedad de uniformes. Así puedes conservar aún la ilusión de tu individualidad.

—La ilusión de la individualidad... ¡Curioso! Hace unos minutos he sostenido una extraña conversación.

—¿Conversación? ¿Con quién?

—Y luego, está el ombligo...

—¿Qué ombligo?

—¿No te había hablado ya de eso? Desde hace algún tiempo, pienso mucho en el ombligo...

Como si lo hubiera montado un director de teatro invisible, pasaron por delante de ellos dos jovencitas exhibiendo el ombligo con elegancia.

Ramón se limitó a decir:

—En efecto.

Y Alain siguió en lo suyo:

—Hoy en día se ha puesto de moda pasear así con el ombligo al aire. Dura como mínimo hace diez años.

—Pasará como todas las modas.

—¡Pero no olvides que la moda del ombligo inauguró el nuevo milenio! Como si, en esa fecha simbólica, alguien hubiera levantado una cortina que, durante siglos, nos hubiera impedido ver lo esencial: ¡que la individualidad es una ilusión!

—Sí, sin duda, pero ¿qué relación ves con el ombligo?

—En el cuerpo erótico de la mujer, algunos lugares son excelsos: siempre creí que eran tres: los muslos, las nalgas, los pechos.

Ramón reflexionó y dijo:

—Por qué no...

—Y luego un día comprendí que hay que añadirles un cuarto lugar: el ombligo.

Tras un instante de reflexión, Ramón reconoció:

—Sí, tal vez.

Y Alain continuó:

—Los muslos, los pechos, las nalgas adquieren en cada mujer una forma distinta. Estos tres lugares excelsos no son pues tan sólo excitantes, expresan al mismo tiempo la individualidad de una mujer. No puedes equivocarte acerca de las nalgas de la mujer a la que amas. Reconocerías entre cien las nalgas amadas. Pero no puedes identificar a la mujer a la que amas por su ombligo. Todos los ombligos son iguales.

Al menos unos veinte niños pasaron riendo y gritando al lado de los dos amigos.

Alain prosiguió:

—Cada uno de esos cuatro lugares excelsos representa un mensaje erótico. Y me pregunto acerca del mensaje erótico que nos transmite el ombligo. —Y tras una pausa—: Algo salta a la vista: contrariamente a los muslos, a las nalgas y a los pechos, el ombligo no dice nada de la mujer que lo tiene, habla de algo que no es esa mujer.

—¿Qué dice, entonces?

—Habla del feto.

—Del feto, por supuesto —aprobó Ramón.

Y Alain continuó:

—Antaño, el amor era la celebración de lo individual, de lo inimitable, la gloria de lo único, de lo que no admite repetición. Pero el ombligo no sólo no se rebela contra la repetición, ¡es una llamada a las repeticiones! De modo que en nuestro milenio viviremos bajo el signo del ombligo. Bajo este signo, seremos todos soldados del sexo, con la mirada fija no sobre la mujer amada, sino sobre el mismo agujerito en medio del vientre que representa el único sentido, la única meta, el único porvenir de todo deseo erótico.

De pronto, un encuentro inesperado interrumpió la conversación. D'Ardelo se acercaba a ellos por la misma alameda.

Llega D'Ardelo

~~Él también había bebido demasiado, había dormido mal y ahora salía a airearse paseando por el Jardín du Luxembourg. La visión de Ramón, de entrada, le incomodó. Lo había invitado a su cóctel sólo por educación, porque le había encontrado a dos amables sirvientes para su fiesta. Y, como ese jubilado ya había perdido toda importancia~~